



BIBLIOTECA

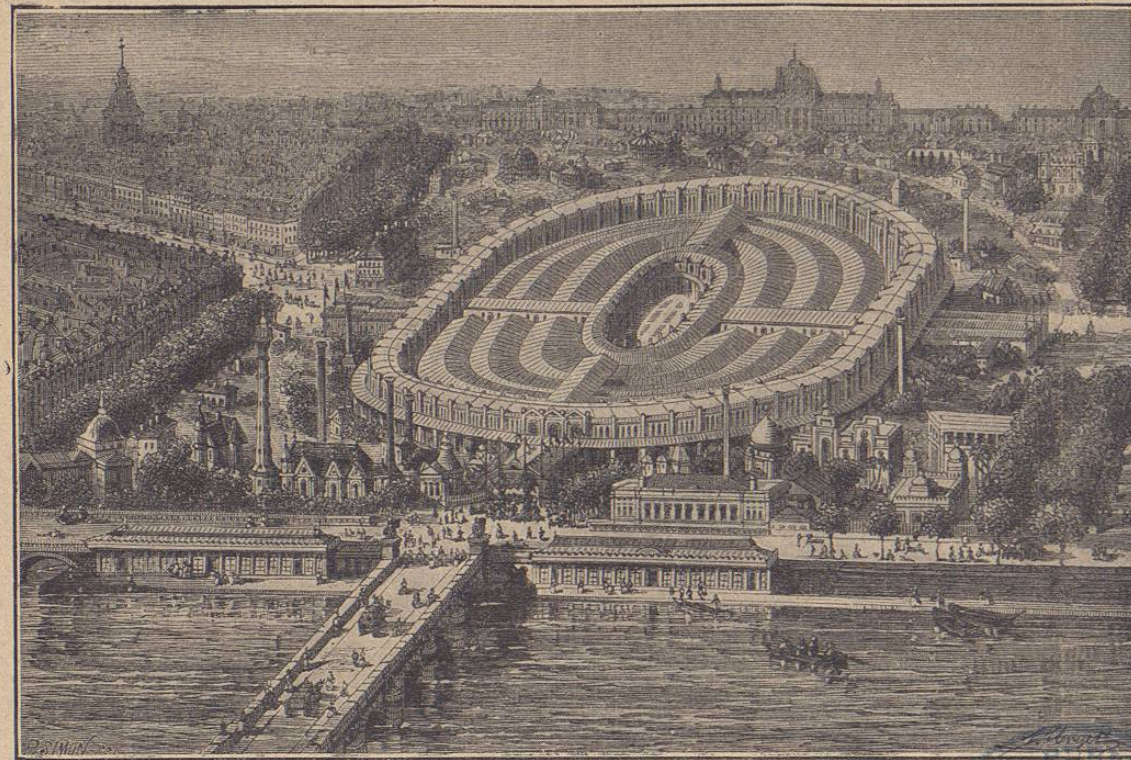
DC38
H4
v.12

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE DERECHO

1001



Vista general de la Exposición universal de 1867

LIBRO TRIGÉSIMOSEGUNDO

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL Y LA CUESTIÓN DEL LUXEMBURGO

- SUMARIO: I.—La Exposición universal de 1867: recuerdo indeleble que dejó en los contemporáneos; cómo se mezclán, durante aquel año, los regocijos y los acontecimientos trágicos.
- II (*Extracto del texto de La Gorce*).—Primeros preparativos de la Exposición universal.—Causa de conflicto que sobreviene repentinamente.—La política de Bismarck después de sus victorias: condición de la Alemania del Norte: cómo se abriga la sospecha de los pactos secretos con los Estados del Sur.—Cómo no se abandonó nunca por completo la idea de una compensación para Francia: condición política del gran ducado de Luxemburgo y cómo podía proporcionar la deseada compensación.—Primeras negociaciones con el rey de los Países Bajos: cómo parecen bastante favorables los sentimientos y las miras de Prusia.—Incidentes que en París y en Berlín hacen dudar de la inteligencia entre Francia y Prusia: debates en el Cuerpo legislativo, los señores Thiers y Rocher: debates en el *Reichstag*; Bismarck divulga los tratados secretos con los Estados del Sur.—Ansiedades del rey de los Países Bajos: sus incertidumbres: cómo se concierta moralmente un tratado sin estar firmado todavía: de qué modo se decide el rey de los Países Bajos á confiar toda la negociación al rey de Prusia; inquietudes del Sr. Moustier.
- III (*Extracto del texto de La Gorce*).—Cómo la cuestión del Luxemburgo se convierte en cuestión amenazadora: cómo en el lenguaje de Bismarck, en un principio tranquilizador, no tardan en observarse alarmantes reservas: irritación de la prensa alemana: jornadas del 30 y 31 de marzo; rumores alarmantes recogidos en Berlín.—Interpelación del Sr. de Bennigsen en el *Reichstag* (1.º de abril).—Bismarck y el Sr. Benedetti: discurso violento del Sr. de Bennigsen: respuesta de Bismarck, y cómo esta respuesta bastante pacífica parece conjurar el peligro de una ruptura inmediata: en los días siguientes, empero, el lenguaje de Bismarck vuelve á ser equívoco y alarmante.—Qué ansiedades reinan en La Haya: cómo el *rey gran duque* se niega á firmar el tratado de cesión.
- IV (*Extracto del texto de La Gorce*).—Francia, á quien escapaba el Luxemburgo, ¿no habría de ir á la guerra? De qué modo hábil disimula el Sr. de Moustier su retirada: su vigilancia para prevenir toda manifestación de las cámaras y para evitar toda discusión diplomática: cómo la incertidumbre acerca de las intenciones de Bismarck hace particularmente necesaria esta prudencia.—Plan del gobierno francés: consiste en unir las dos cuestiones de la renuncia al gran ducado y de la evacuación de Luxemburgo.—Disposiciones de Europa.—Sentimientos muy favorables de Inglaterra y algo menos favorables de Rusia.—Celo de Austria en favor de la paz: sus proposiciones.—Cómo sus esfuerzos cerca de la corte de Berlín coinciden con otros esfuerzos intentados por Prusia para atraerse á la corte de Viena: misión del Sr. Tauffkirchen y resultado de la misma.—Entrevista del Sr. de Wimpffen, ministro de Austria en Berlín con Bismarck: cómo la mediación del gabinete de Viena y la moderación de Francia aumentan las probabilidades de paz.—Mudanza de Rusia, en un principio muy reservada, y cómo propone la reunión de una conferencia.—Aceptación por parte de Prusia y de Francia.—Reunión de la conferencia: tratado de 11 de mayo de 1867: neutralización del gran ducado: evacuación de la plaza fuerte.

TOMO XII

I

- V. (*Extracto del texto de La Gorce*).—Cómo la alegría sucede á las inquietudes.—Días brillantes; fiestas, recepciones.—La Exposición del Campo de Marte: el parque: las galerías: qué nuevos productos industriales, qué nuevos inventos da á conocer la Exposición de 1867: cómo la visita de las galerías del Campo de Marte permite comprender algunas de las tendencias de la sociedad moderna.
- VI.—Los visitantes de la Exposición: afluencia de príncipes y de reyes: el emperador Alejandro en París: llegada del rey Guillermo y de Bismarck.
- VII.—La revista de 6 de junio de 1867: por qué es particularmente memorable esta gran fiesta militar.—Atentado del polaco Berezowski.
- VIII (*Extracto del texto de La Gorce*).—Impresión que produjo el atentado de Berezowski: esto no obstante, las fiestas continúan.—Alejandro y Guillermo: Bismarck: atrevimiento y extrañeza de sus conversaciones.—Cómo aquel mes de junio fué el período más brillante de la Exposición universal: esplendores, gastos exorbitantes, disipación, intemperancias.—Lo que vieron demasiado los extranjeros y lo que no vieron bastante.—El teatro; qué es lo que está más en boga: éxito de la zarzuela *La gran duquesa de Gerolstein*: cómo el recuerdo de esta obra está indisolublemente unido al de la Exposición universal.—Partida del zar.—Partida de Guillermo, é impresión que deja.—Se anuncia la próxima llegada del sultán.
- IX (*Extracto del texto de La Gorce*).—Tristezas que vienen á turbar la Exposición universal.—Se recibe la noticia de la muerte de Maximiliano.—Dictamen de la comisión del Cuerpo legislativo sobre la ley militar: alarmas y preocupaciones que este dictamen suscita.—La política prusiana: el parlamento aduanero: el incidente del Slesvig-Holstein.—Otra vez el proceso Berezowski: veredicto del jurado: impresión en San Petersburgo.
- X (*Extracto del texto de La Gorce*).—Cómo no queda más que una alianza posible, la alianza austriaca: razones que hacen esta alianza muy penosa á la vez que muy necesaria.—Proyecto de una visita de pésame al emperador de Austria.—El emperador y la emperatriz parten para Salzburgo (17 de agosto de 1867).—Fiestas y conferencias: acuerdo general que se establece entre ambos gobiernos: cómo este acuerdo no llega á traducirse en estipulaciones concretas.—Irritación en Alemania: cómo se calma, aunque muy de mala gana, esa irritación.
- XI (*Extracto del texto de La Gorce*).—Cómo prosiguen las fiestas de la Exposición aunque con algo menos de entusiasmo.—Viaje del emperador al Norte de Francia: discurso de Lila (26 de agosto de 1867): los *puntos negros*.—Visita del emperador de Austria á París: esperanzas que esta visita despierta: alianza que permanece siempre en estado de esperanza.—Clausura de la Exposición.

I

En todos aquellos que llegaron á la edad de hombre hacia el final del Imperio quedó grabado de un modo indeleble el recuerdo del año 1867; y al través del tiempo se destaca en su memoria una imagen, la de la grandiosa fiesta internacional que Francia ofreció entonces al mundo. Para los contemporáneos, aquel año es el año de la Exposición, como el 1866 es el año de Sadowa y como el 1870 el de la guerra terrible. Hastiadas por la periodicidad de tales espectáculos, las generaciones jóvenes se admirarán tal vez de tanta obstinación en los recuerdos; pero esta sorpresa denotaría cierta ignorancia, porque entre todas las exposiciones, la de 1867 es memorable bajo dos conceptos: primero, por la ostentación de magnificencias de las que nadie había tenido idea hasta entonces, y segundo, por las violentas ráfagas de inquietud que soplando á través de la alegría pública estuvieron más de una vez á punto de dispersarlo todo. ¿Quién podría pintar con colores bastante vivos la brillante superficie de las cosas, los extranjeros desparramándose en la ciudad por todas las vías recientemente abiertas; París convertido en residencia de príncipes y lugar de cita de reyes; un prodigioso conjunto de quioscos, pabellones y galerías que surgían del suelo para encerrar las riquezas del Universo ó servir de asilo al placer; la reunión de todas las pompas, industriales, artísticas, mundanas, civiles y militares; y toda una población atenta á recrear á sus visitantes y sobre todo á divertirlos, y tan ingeniosa en este arte que llegaba hasta á parecer frívola? Pero, ¿quién podría asimismo anotar todas las disonancias lúgubres que la más refinada solicitud podía apenas sofocar? Todos los sobrevivientes, hombres maduros ó viejos, han conservado de aquella época una doble sensación, de deslumbramiento y de espanto. Nunca estuvieron más animadas las calles, ni más ostentosas las tiendas, ni más llenas las fondas ni más concurridos los sitios de diversión; nunca el gran

mundo y el mundo equívoco, arrastrados por igual aturdimiento, se codearon con tanta alegría y con tanta libertad. Durante un carnaval largo como no había ejemplo de otro igual, franceses y extranjeros se confundieron en las mismas locuras, dejando los últimos muy atrás á los primeros, á fuer de gentes que, lejos de sus casas, no han de guardar ningún miramiento y tienen además el recurso de acusar á sus huéspedes. Sin embargo, de cuando en cuando escuchábase un grito de aflicción, como el de una mujer que se encuentra mal en un festín; era el de Francia que de pronto recobraba su lucidez y ante cuyos ojos se aparecía un rincón del porvenir. Aquel año fué el de los valeses de Strauss, el de *La gran duquesa de Gerolstein*; fué también el año en que se consumó el drama de Querétaro y en que se consolidó en Alemania todo lo que había preparado Sadowa. Jamás se divirtió la gente con tanto frenesí, pero también con tantos sobresaltos de inquietud. Bailóse en la embajada de Austria, cuando el cable atlántico iba á traer la espantosa noticia de la inmolación de Maximiliano; bailóse asimismo en la embajada de Rusia, cuando cuatro horas antes había escapado á la bala de un asesino el soberano en cuyo honor la fiesta se daba. Los huéspedes imperiales eran Bismarck y el rey Guillermo que exploraban la Francia como con intención de volver á ella algún día; Alejandro, perseguido, aun en nuestro territorio, por el fantasma de Polonia; y Francisco José, doblemente herido en su política y en su raza y demasiado maltratado por nosotros para ser nunca amigo nuestro. Los mismos lugares, adornados con un lujo antes nunca igualado y nunca sobrepujado después, parecían condenados á un destino trágico: las Casas consistoriales, llenas en ciertos días de invitados ilustres, habían de ser antes de poco derruidas; y lo propio había de suceder con las Tullerías; todo desaparecería, soberano, residencia, todo hasta las ruinas. En ningún tiempo se pronunció con más afectación en las arengas públicas la palabra paz; pues en

tanto que ésta se pronunciaba, en el Palacio Borbón los diputados, graves y preocupados, disputaban al ministro de la Guerra ó á los consejeros de Estado el número de hombres necesarios para evitar ó retardar la decadencia nacional. Esta impresión de la fragilidad de las cosas ¿acaso no excitaba el ardor del placer en vez de refrenarlo? Parte por instinto, parte por presentimiento, la gente gozaba de los días de tregua, de los días de gracia, y gozaba de ellos locamente, como si se hubiese tratado de algo que no tenía mañana. Todo el año 1867 transcurre entre las dos sensaciones de luz deslumbrante y de sombras pasajeras y siniestras; pero la luz y la sombra se suceden de una manera tan brusca, que ningún pintor, aunque estuviera inspirado por Rembrandt, aunque fuera tan ingenioso y paciente como Gerardo Dow, no habría encontrado contraste más sorprendente. Tal aparece aquella época singular, apogeo y ocaso á la vez del Imperio: vista en conjunto, nos presenta una imagen vigorosa y potente, llena de relieve, rica de color, la imagen de los cortejos reales, de los soberbios desfiles, de los trajes deslumbrantes, de los espectáculos alternativamente grandiosos ó encantadores, lascivos ó bufos; pero, ahondando un poco, la mirada descubre al través de aquella superficie toda clase de indicios perturbadores, y sobre todo descubre los artificios de los grandes actores que preparan los resortes de los futuros acontecimientos. De este modo se reconstituye á los ojos del porvenir una historia con dos aspectos, muy franca y muy secreta á la vez, alegre y severa, magnífica y sombría, digna de ser narrada por Froissard, á condición, sin embargo, de ser revisada por Comines.

II

Una serie de decretos ó decisiones ministeriales habían señalado el sitio en donde la Exposición debía celebrarse, nombrado los individuos de la comisión imperial, y, en una palabra, organizado el complicado mecanismo que el funcionamiento de una obra tan vasta exigía. A fines de invierno llegaron á París los primeros envíos; también llegaron algunos forasteros, aunque pocos en número y algo desconfiados en vista de los arribos de los primeros días. De pronto, todo pareció quedar en suspenso y densas tinieblas preñadas de amenazas se cernieron sobre la empresa cuando ésta no era todavía más que una esperanza.

La primera sombra, la más espesa, por poco lo invade todo; la nube se había formado en Alemania y era bastante grande para presagiar la tempestad. Difícilmente se comprendería el origen y la gravedad de la crisis si no se recordara la política de Bismarck desde que la victoria había puesto á Alemania entre sus manos.

El tratado de Praga había autorizado á Prusia para unir en un vínculo común todos los principados germánicos situados en la orilla derecha del Mein. El 15 de diciembre de 1866 habíanse reunido en Berlín los delegados de los Estados del Norte para sentar las bases de la organización futura; y como la palabra colaboración no habría sentado bien en aquel caso, puesto que Bismarck sólo toleraba subordinados, se convino en que la nueva alianza fuese designada, en recuerdo de la an-

tigua Dieta, con el nombre de Confederación, denominación asimismo impropia porque una confederación supone cierta igualdad entre los confederados, y allí Prusia había de ser la dueña absoluta por el número de sus súbditos, por el prestigio de la victoria y por la autoridad del ministro que la había engrandecido. El primer cuidado fué determinar cuáles atributos del poder público serían segregados de las soberanías particulares y delegados á la asociación. Los vencedores de Sadowa tenían interés en que el desposeimiento fuese completo, sabiendo, como sabían, que después no tendrían que hacer más que hacer suyos los despojos: la guerra, la marina, los ferrocarriles, las vías navegables, los correos y telégrafos, los intereses más generales del comercio y de la industria, tales fueron los objetos reservados al poder federal, con lo que los pequeños príncipes alemanes del Norte serían en tiempo de paz los administradores civiles de sus territorios, y en tiempo de guerra no serían nada. Faltaba organizar las instituciones que habían de regir este gran cuerpo político. Sólo los déspotas de mediocre importancia desconfían de la democracia; los demás, por el contrario, copian las fórmulas de ésta y la sojuzgan acariciándola. En esta parte de su obra se reveló toda la habilidad de Bismarck, quien, debiendo elaborar el poder legislativo de la confederación, desdeñó como pusilanidad mezquinar todo cuanto fuese disminución del derecho popular. Su plan fué crear un parlamento elegido por sufragio universal directo; y esta misma osadía que desdenara la limitación del cuerpo electoral habíase negado á reglamentar las atribuciones de los elegidos, otorgándoles amplitud completa del derecho de interpelación, libertad absoluta para la constitución de la mesa y facultad ilimitada de iniciativa ó de enmienda. Ante tan lata y atrevida concesión, ¡cuán anticuados habían de parecer los complicados procedimientos de la Dieta, las viejas libertades de las ciudades, todas esas franquicias parciales y tímidas de que había vivido la antigua Alemania! La nueva asamblea se denominaría el *Reichstag*, es decir, el Parlamento, y este nombre completaría la ilusión.

Veamos ahora por qué rodeo el temible ministro restituía al principio de autoridad todo aquello que fingía arrebatarse. En el plan de Bismarck entraba una segunda Cámara, tan taciturna como ruidosa la otra y de un número de miembros tan limitado que apenas si tendría el aspecto de un cuerpo político: el *Bundesrath* ó consejo federal, que así se llamaba esta segunda asamblea, lo constituirían los delegados de los Estados particulares y sería la emanación de los gobiernos, así como el *Reichstag* lo era de la nación; y sin su sanción, ninguna ley sería perfecta. De modo que si á los elegidos del sufragio universal se les antojaba ser exigentes, podrían desahogarse cuanto les viniere en gana pronunciando discursos y presentando mociones y órdenes del día; pero todas sus pasiones irían á morir á la puerta de la modesta sala en donde celebrarían sus sesiones los representantes de los príncipes. Y desde el momento en que el *Bundesrath* era el dique que había de contener el *Reichstag*, el artificio sería completo si Prusia lograba dominar al primero. Por este lado, Bismarck, con su previsión habitual, se había procurado las seguridades necesarias, pues si bien Prusia sólo tenía 17 vó-